



EL MUSEO DE HISTORIA
ANTINATURAL
PRESENTA

Criaturas
fantásticas

RELATOS SELECCIONADOS POR

JENNIFER
GASIMAN



El Museo
de Historia Antinatural
presenta

Criaturas fantásticas

Relatos seleccionados por

Neil Gaiman

con Maria Dahvana Headley

Ilustraciones de Briony Morrow-Cribbs

Traducción de Jaime Valero Martínez

ANAYA

Titulo original: *Unnatural Creatures*

1.ª edición: octubre de 2015

2.ª edición (rústica): abril de 2017

«Inksplot» © Gahan Wilson, publicado por primera vez en *Again, Dangerous Visions*, 1972.
«Las avispas cartógrafas y las abejas anarquistas» © E. Lily Yu, 2011. «Ozioma, la maligna» © Nnedi Okorafor. «Pájaro solar» © Neil Gaiman, publicado por primera vez en *Fragile Things: Short Fictions and Wonders*, 2006. «El sabio de Theare © Diana Wynne Jones, publicado por primera vez en *Hecate's Cauldron*, Daw, 1982. «La bestia movable» © Maria Dahvana Headley, 2012. «El vuelo del caballo» © Larry Niven, 1969, 1999. «Prismática» © Mercury Press, Inc. for *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, 1977; © Samuel R. Delany, 2004 (publicado con permiso del autor y de Henry Morrison, Inc., sus agentes). «La mantícora, la sirena y yo» © Megan Kurashige. «El perfecto hombre lobo» © Anthony Boucher, 1942 (primera aparición en *Unknown Worlds*; publicado por Street & Smith Publications, Inc. Ahora se incluye en *Criaturas Fantásticas*. Con el permiso de Curtis Brown, Ltd.). «La sonrisa en el rostro» © Nalo Hopkinson, 2004. «O todos los mares con ostras» (originalmente publicado por GALAXY, 1958) © Galaxy Publishing Corporation, 1958; reimpresso por acuerdo con Owlswick Literary Agency, en nombre de los herederos de Avram Davidson. «Ven, Lady Muerte» © Peter S. Beagle, 1963, 1991 (primera aparición en *Atlantic*, 1963; con permiso de Avicenna Development Corporation).

© De la antología: Neil Gaiman, 2013

© De las ilustraciones: Briony Morrow-Cribbs, 2013

© De la traducción: Jaime Valero Martínez, 2015

© Grupo Anaya, S. A., 2017

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta de Iacopo Bruno

ISBN: 978-84-698-3428-2

Depósito legal: M-360-2017

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*Dedicado al Yeti, a los viajeros temporales, a los piratas,
a los robots, a los aburridos (que obviamente no
son agentes secretos haciéndose pasar por aburridos),
a los que viajan a bordo de cohetes espaciales
y a nuestras madres.*

N. G.



ÍNDICE



Introducción, II

—, *Gahan Wilson*, 17

**LAS AVISPAS CARTÓGRAFAS
Y LAS ABEJAS ANARQUISTAS**, *E. Lily Yu*, 33

EL GRIFO Y EL CANÓNIGO MENOR, *Frank R. Stockton*, 49

OZIOMA, LA MALIGNA, *Nnedi Okorafor*, 69

EL PÁJARO SOLAR, *Neil Gaiman*, 85

EL SABIO DE THEARE, *Diana Wynne Jones*, 113

GABRIEL-ERNEST, *Saki*, 151

EL CACATUCÁN, O LA TÍA ABUELA WILLOUGHBY, *E. Nesbit*, 163

LA BESTIA MOVIBLE, *Maria Dahvana Headley*, 187

EL VUELO DEL CABALLO, *Larry Niven*, 201

PRISMÁTICA, *Samuel R. Delany*, 225

LA MANTÍCORA, LA SIRENA Y YO, *Megan Kurashige*, 271

EL PERFECTO HOMBRE LOBO, *Anthony Boucher*, 289

LA SONRISA EN EL ROSTRO, *Nalo Hopkinson*, 365

O TODOS LOS MARES CON OSTRAS, *Avram Davidson*, 401

VEN, LADY MUERTE, *Peter S. Beagle*, 417

Donantes de criaturas, 443



INTRODUCCIÓN

Neil Gaiman

CUANDO ERA UN NIÑO, el mejor lugar del mundo se encontraba en Londres, a un corto paseo de distancia desde la estación de South Kensington. Era un edificio ornamentado, construido con ladrillos de colores, y tenía —y ahora que lo pienso, todavía las tiene— gárgolas repartidas por todo el tejado: pterodáctilos y tigres de dientes de sable. En el vestíbulo se erguía el esqueleto de un *Tyrannosaurus Rex*, y la réplica disecada de un dodo en una vitrina polvorienta. Había seres metidos en frascos que antaño estuvieron vivos, y seres en cajas de cristal que ya no seguían vivos, todos clasificados, catalogados y sujetos con alfileres.

Se trataba del Museo de Historia Natural. En el mismo edificio se encontraba el Museo Geológico, que albergaba meteoritos, diamantes y minerales extraños y espléndidos, y nada más doblar la esquina aparecía el Museo de Ciencias, donde podía evaluar mi capacidad auditiva y regocijarme porque oía mucho mejor que los adultos.

Era el mejor lugar del mundo que yo podía visitar.

Estaba convencido de que al Museo de Historia Natural solo le faltaba una cosa: un unicornio. Bueno, un unicornio... y un dragón. Tampoco había hombres lobo. (¿Por qué no había nada sobre

hombres lobo en el Museo de Historia Natural? Yo quería aprender más cosas sobre los hombres lobo). Había vampiros, pero ninguno de esos tan elegantes, y no había una sola sirena —las busqué—, y en lo que respecta a grifos y mantícoras, tampoco les quedaba ninguno.

(Nunca me sorprendió que no tuvieran un fénix en exposición. Obviamente, solo existe un fénix cada vez, y mientras que el Museo de Historia Natural está lleno de cosas muertas, el fénix siempre está vivo).

Me gustaban los enormes fósiles de dinosaurio y los animales insólitos y polvorientos alojados en vitrinas de cristal. Me gustaban los animales vivos, los que respiraban, y los prefería cuando no se trataba de mascotas: me encantaba toparme con un erizo, con una serpiente, con un tejón o con las diminutas ranas que, una vez cada primavera, acudían brincando desde la charca que había al otro lado de la carretera y convertían nuestro jardín en un lugar lleno de vida.

Me gustaban los animales de verdad. Pero los animales cuya existencia era más ignota me gustaban incluso más que aquellos que brincaban, culebreaban o deambulaban por la vida real, porque eran insólitos, porque podía ser que existieran o no, porque el simple hecho de pensar en ellos conseguía que el mundo se convirtiera en un lugar más mágico.

Me encantaban mis monstruos.

«Donde hay un monstruo», nos contaba el sabio poeta norteamericano Ogden Nash, «hay un milagro». Me habría gustado poder visitar un Museo de Historia Antinatural, pero, al mismo tiempo, me alegraba de que no existiera ninguno. Era consciente de que si los hombres lobo eran maravillosos, se debía a que podían ser cualquier cosa. Si alguien llegara a capturar a un hombre lobo, o a un dragón, si domesticaran a una mantícora o confinaban a un unicornio, si los metieran en frascos y los diseccionasen, entonces solo podrían ser una única cosa, y dejarían de vivir en esos

lugares ocultos a medio camino entre el mundo real y el de lo imposible, el cual, de eso estaba seguro, era el único que de verdad importaba.

No existía tal museo, no en aquel entonces. Pero yo sabía cómo visitar a las criaturas que nunca podrían avistarse en los zoológicos, ni en los museos, ni en los bosques. Me estaban esperando en los libros y en los cuentos, ocultos entre los veintiséis caracteres del alfabeto y un puñado de signos de puntuación. Esas letras y palabras, cuando se colocaban en el orden apropiado, podían invocar a toda clase de personas y criaturas exóticas de entre las sombras, podían revelar las motivaciones y las mentes de los gatos y de los insectos. Eran hechizos, deletreados con palabras que creaban nuevas palabras, que me aguardaban entre las páginas de los libros.

El nexo entre los animales y las palabras viene de lejos. (¿Sabías que nuestra letra A comenzó su existencia como la representación pictórica de la cabeza de un toro puesta del revés? Los dos palitos sobre los que se sostiene la A eran originariamente cuernos. La puntiaguda parte superior representaba su cara y su nariz).

Este libro que tienes entre las manos, con sus hombres lobo y sus misteriosas criaturas confinadas en baúles, con sus peligrosas manchas de tinta, sus bestias y sus dioses serpiente, su pájaro solar, sus unicornios, sus sirenas e incluso su hermosa Muerte, existe para ayudar a sustentar el actual Museo de Historia Antinatural.

El Museo de Historia Antinatural es un lugar que existe de verdad; puedes ir a visitarlo. Forma parte de la misteriosa y sombría organización que nos ha traído las tiendas de piratas y de equipamiento para superhéroes, al mismo tiempo que promueve la alfabetización a base de financiar, acoger e impartir una serie de cursos de escritura para niños, además de proporcionarles un lugar donde pueden hacer sus deberes, así como asistir a talleres didácticos.

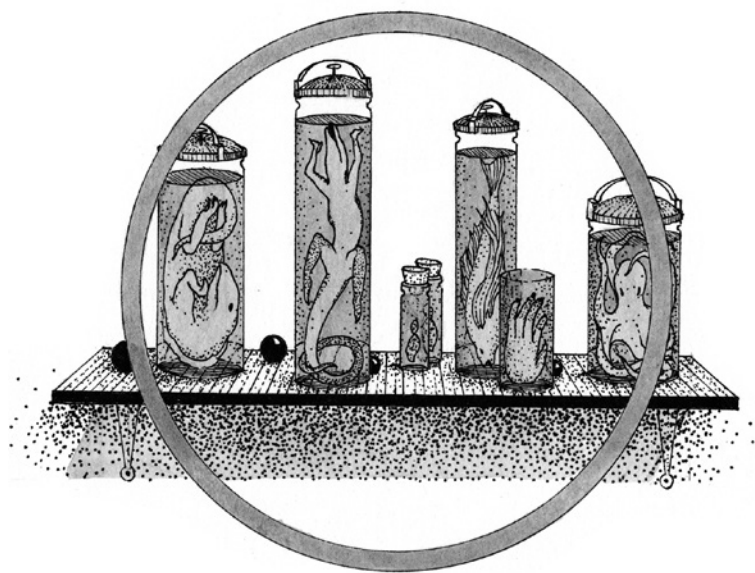
Al comprar este libro, estás apoyando a 826 DC* y la alfabetización, y por eso te doy las gracias; y Dave Eggers, que fue cofundador

de todo el movimiento 826, te da las gracias; y los niños que asisten al 826 DC también te dan las gracias. Es probable que parte de los grifos y las sirenas que, por lo que sabemos, no se encuentran en el museo, también te den las gracias, pero de esto, como de tantas otras cosas, no podemos estar seguros.

NEIL GAIMAN
Septiembre de 2012

PD: Una introducción no es una página de agradecimientos. Mucha gente ha contribuido con su tiempo y con sus relatos para que este libro se hiciera realidad, y les doy las gracias a todos ellos, a todos los autores que aparecen en este libro y a todos los que nos han ayudado. Pero me gustaría sacarle los colores a mi editora adjunta, Maria Dahvana Headley, dándole las gracias por su nombre. Maria no es solo una magnífica escritora, sino que también es una persona muy dinámica y organizada, y la única razón de que este libro viera la luz a tiempo sin acabar siendo un amasijo de páginas en blanco. Gracias, Maria.

* **826 DC** es una organización sin ánimo de lucro dedicada a impartir cursos de escritura creativa a jóvenes estudiantes y a ayudar a los profesores para que animen a sus alumnos a que escriban. Su centro de operaciones, el Museo de Historia Antinatural, alberga algunas de las maravillas más extrañas del mundo. Puedes saber más sobre ella en www.826dc.org.

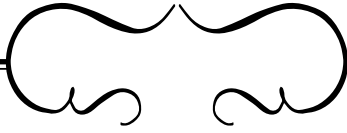


CRIATURAS FANTÁSTICAS

Gahan Wilson · E. Lily Yu
Frank R. Stockton · Nnedi Okorafor
Neil Gaiman · Diana Wynne Jones · Saki · E. Nesbit · Maria Dahvana Headley
Larry Niven · Samuel R. Delany · Megan Kurashige · Anthony Boucher
Nalo Hopkinson · Avram Davidson
Peter S. Beagle

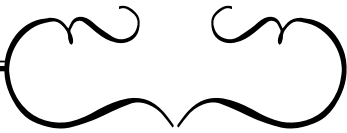


Gahan Wilson



GAHAN WILSON es ilustrador. Dibuja cosas que me dan miedo. A veces también escribe cuentos. En este relato, cuyo título es bastante difícil de pronunciar (pronto comprenderéis por qué), combina la escritura y el dibujo con un resultado aterrador, para mostrarnos una criatura de lo más anti-natural.

Una mañana, junto a los huevos y la tostada del desayuno, aparece una mancha oscura sobre el mantel, cuya procedencia nadie puede determinar. Solo hay una certeza: en cuanto dejas de mirarla, se mueve. Y a medida que se mueve, empieza a crecer...





LA PRIMERA VEZ que Reginald Archer vio aquella cosa, era, en su simpleza, un ente absoluto. No ostentaba la más ligera complejidad ni conjunción. Carecía del más diminuto, del más remoto, del más insignificante rastro de ornamentación. Tenía este aspecto:



Una mancha. Nada más. Negra, como pueden ver, ligeramente asimétrica, como pueden ver; una mancha sin alicientes, sin pretensiones.

Se encontraba ubicada sobre el níveo mantel de lino de Reginald Archer, encima de la mesa del desayuno, a ocho centímetros y medio de distancia del costado de su huevera. Reginald Archer estaba embarcado en la tarea de abrir el huevo dentro de la huevera cuando atisbó la mancha.

Se detuvo y frunció el ceño. Reginald Archer era soltero, lo había sido durante sus cuarenta y tres años de existencia, y le gustaba que las cuestiones domésticas transcurrieran con fluidez. Tales cosas como una mancha negra sobre un mantel de lino le disgustaban, quizá de forma desmedida. Hizo sonar la campana para llamar a su mayordomo, Faulks.

El respetable sirviente entró y, al ver aquella expresión sombría en el rostro de su señor, se aproximó a su lado con precaución. Carraspeó, hizo una levísima reverencia —la cantidad justa y

precisa de reverencia— y, siguiendo la dirección indicada por el dedo macilento de su señor, atisbó, a su vez, la mancha.

—¿Se puede saber —preguntó Archer— qué está haciendo eso ahí?

Faulks, tras un instante de solemne reflexión, admitió que no tenía ni idea de cómo aquella mancha había llegado hasta allí, se disculpó profusamente por su presencia, y prometió que sería eliminada de forma imperiosa y permanente. Archer se puso en pie, dejando el huevo intacto en el interior de la huevera, perdido ya todo su apetito, y salió de la habitación.

Archer tenía la costumbre de retirarse cada mañana a su despacho para enfrascarse en cualquier tarea pendiente relacionada con la correspondencia y las finanzas. Su forma de proceder en este asunto, como en todo lo demás, era rigurosa hasta el punto de convertirse en un ritual; le gustaba organizarse el día a día de acuerdo con pautas fidedignas y predecibles. Había tomado asiento ante su escritorio, un mueble precioso de lustrosa madera de caoba, y estaba a punto de echar mano del correo que había sido cuidadosamente apilado para su escrutinio, cuando, sobre la hoja de papel secante verde que cubría por completo la superficie de trabajo del escritorio, vio lo siguiente:



Palideció, no exagero, y llamó una vez más a su mayordomo. Pasó un rato, un rato más prolongado de lo que habría sido habitual, antes de que el fiel Faulks acudiera a la llamada de su señor. El mayordomo portaba en su rostro una manifiesta confusión.

—La mancha, señor... —comenzó a decir Faulks, pero Archer lo interrumpió en seco.

—¡Al diablo con la mancha! —exclamó, al tiempo que señalaba hacia el papel secante profanado—. ¿Qué es esto?

Faulks observó detenidamente, con perplejidad.

—No lo sé, señor —dijo—. Nunca había visto nada igual.



—Yo tampoco —dijo Archer—. Ni tengo deseo de volver a ver algo parecido nunca. Quítalo de mi vista.

Faulks comenzó a retirar cuidadosamente el papel secante, deslizándolo fuera de las esquineras de cuero que lo mantenían sujeto al escritorio, mientras Archer lo observaba con mirada glacial. Entonces, por primera vez, Archer reparó en la extrañísima expresión de su anciano sirviente. Recordó el comentario que Faulks había dejado a medias.

—¿Qué estabas intentando decirme? —preguntó.

El mayordomo levantó la cabeza para mirar a su señor, titubeó, y al fin le respondió.

—Es acerca de la mancha, señor —dijo—. La del mantel. Fui a echarle un vistazo, después de que usted se marchara, señor, y no me explico cómo, señor... pero ¡había desaparecido!

—¿Desaparecido? —preguntó Archer.

—Desaparecido —sentenció Faulks.

El mayordomo bajó la mirada hacia el papel secante, que estaba sosteniendo ante sí, y se sobresaltó.

—¡Y esta también, señor! —exclamó, y, al dar la vuelta al papel secante, comprobaron que no había el menor rastro de la mancha.

Consciente, al fin, de que allí estaba ocurriendo algo de lo más extraordinario, Archer se quedó pensativo y con la mirada perdida. Faulks, que se había quedado observándolo, comprobó cómo de pronto aquella mirada se endurecía y recuperaba su concentración.

—Mira eso, Faulks —dijo Archer, sin levantar la voz—. Allí, en la pared.

Faulks hizo lo que le decía, pese a la extrañeza que le provocaron las indicaciones de su señor. Entonces lo comprendió, pues allí, sobre el empapelado de la pared, justo debajo de un indolente paisaje marino, vio:



Archer se puso en pie, y los dos hombres atravesaron la habitación.

—¿Qué puede ser, señor? —preguntó Faulks.

—No tengo la menor idea —respondió Archer.

Se dio la vuelta para decir algo, pero cuando reparó en que el mayordomo dirigía sus ojos hacia los suyos, se giró rápidamente para volver a examinar la pared. Demasiado tarde: la mancha había desaparecido.

—Requiere una vigilancia constante —murmuró Archer, y después añadió, en voz alta—: Búscala, Faulks. Búscala. Y cuando la encuentres, ¡no le quites los ojos de encima ni por un segundo!

Deambularon por la habitación, escudriñándola detenidamente. Apenas llevaban unos instantes de búsqueda cuando Faulks profirió un grito.

—¡Aquí, señor! —exclamó—. ¡En el alféizar!

Archer corrió a reunirse con él y vio:



—¡No la pierdas de vista! —le ordenó.

Mientras el mayordomo se ponía en pie, atónito y boquiabierto, su señor se mordisqueó con saña los nudillos de la mano izquierda. Fuera lo que fuese aquella cosa, había que ocuparse de ella, y con presteza. No pensaba permitir tal clase de trastorno continuado en su casa.

Pero ¿cómo librarse de ella? Cambió a los nudillos de la otra mano y se quedó pensativo. Aquella cosa tenía —odiaba admitirlo, pero la evidencia era palpable— connotaciones *sobrenaturales*. Quizá se tratara de un horripilante fantasma.

Se metió bruscamente las dos manos, con sus correspondientes nudillos, en los bolsillos de los pantalones. Fue una muestra del extremo estado de agitación que lo embargaba, pues no había nada que le desagradara más que unos bultos antiestéticos en un traje de



alta costura. ¿Quién podría tener conocimientos sobre algo así? ¿Quién podría ocuparse de ello?

De repente le llegó la inspiración: ¡Sir Harry Mandifer! ¡Por supuesto! Conoció a Sir Harry en el colegio —por aquel entonces era Harry a secas, claro— y en la actualidad tenían algunos clubes en común. Harry se había dedicado a escribir, había sacado provecho de ello, y ahora, con montañas de dinero a su disposición, se había dedicado al espiritismo hasta convertirse, posiblemente, en la máxima autoridad en la materia. ¡Sir Harry era su hombre! Ojalá pudiera persuadirlo.

Con una expresión de gravedad que enfatizó las líneas de expresión de su rostro, Archer se fue derecho al teléfono y marcó el número de Sir Harry. Ya no era tan sencillo localizarlo como antaño. Ahora había secretarías de por medio, herméticas y suspicaces. Pero él era un hombre conocido, aquello marcaba la diferencia, y la voz de Sir Harry no tardó en aparecer por el otro extremo de la línea. Tras los saludos y la cháchara de rigor, Archer dirigió la conversación hacia el asunto que se traía entre manos. Con claridad y las palabras justas, le describió los acontecimientos de aquella mañana. ¿Sería posible que Sir Harry acudiera a su casa? Todo apuntaba a que el tiempo podría ser un factor importante. ¡Sir Harry acudiría! Archer le dio las gracias con toda la efusividad que le permitió su carácter, bastante circunspecto, y, con un sincero suspiro de alivio, colgó el auricular.

Apenas lo había hecho cuando oyó que Faulks profería un leve aullido de desesperación. Cuando se dio la vuelta vio a su viejo sirviente retorciéndose las manos con un gesto de profunda desdicha.

—¡Tan solo he parpadeado, señor! —dijo, la voz le temblaba—. ¡Apenas un parpadeo!

Aquello había sido suficiente. Bastó una fracción de segundo sin vigilancia para que desapareciera del alféizar.

Resignados, emprendieron la búsqueda una vez más.

Sir Harry Mandifer se acomodó en el asiento acolchado de su limusina y se felicitó por haber solventado el asunto de la rectoría Marston la noche anterior. Habría sido una imprudencia dejar en el aire una cuestión tan delicada como esa, pero los huesos de la monja penante habían sido localizados al fin, y ahora podía descansar en paz en una sepultura consagrada. Ya no habría más niños decapitados decorando el paisaje de Cornwall, y los lamentos de las madres ya no reverberarían en la noche. Había hecho su trabajo, lo había hecho bien, y ahora era libre de investigar lo que apuntaba a ser un misterio de lo más fascinante.

Con gesto satisfecho, aquel hombre corpulento encendió un puro y se puso a observar cómo las calles pasaban deslizándose a su alrededor. Resultaba excitante que un hombre tan precavido y organizado como el bueno de Archer se hubiera visto enfrentado a un asunto tan extravagante. Era la prueba de que hasta las formas de vida más ordenadas se sustentaban sobre un banco de arenas movedizas. Incluso los hogares más apacibles y acogedores están repletos de trampillas y paneles deslizantes, de áticos inesperados y estancias descubiertas de repente. ¿Por qué el meticoloso Archer habría de ser una excepción? Por supuesto, no lo era.

La limusina se detuvo con suavidad ante la vivienda de Archer, y Mandifer, tras apearse del coche, alzó con regocijo la mirada hacia la casa. Era un refinado edificio georgiano que había sido propiedad de la familia de Archer desde la época de su construcción. Mandifer ascendió por los escalones y estaba a punto de hacer uso del llamador cuando la puerta se abrió de repente y se encontró cara a cara con el desesperado y agitado Faulks.

—Ay, señor —resolló el mayordomo, con voz lastimera—, ¡me alegra tanto que haya venido! No sabemos qué hacer con ella, señor, y a duras penas conseguimos seguirle el rastro, ¡se mueve a toda velocidad!



—Tranquilo, Faulks, tranquilo —murmuró Sir Harry, que atravesó presto el umbral, con la imparable autoridad de un velero inmenso con viento favorable—. No puede ser tan grave como parece, ¿no es así?

—Sí que puede, señor, sí que puede —dijo Faulks, mientras seguía la estela de Mandifer por el vestíbulo—. Es imposible tenerla controlada, señor, se lo aseguro, y cada vez que reaparece, ¡se vuelve más grande, señor!

—Es en el despacho, ¿verdad? —preguntó Sir Harry, al tiempo que abría la puerta de dicha estancia y se asomaba al interior.

Se quedó inmóvil y los ojos se le desorbitaron ligeramente, pues la escena que se desplegaba ante Sir Harry, incluso para alguien tan experimentado en situaciones extraordinarias como él, resultaba sobrecogedora.

Imaginen una hermosa habitación, amueblada con gusto exquisito, preservada de forma impecable. Imaginen que el ocupante de esa habitación es un caballero esbelto y más bien alto, con un atuendo impoluto y el gusto más refinado posible. Visualicen el conjunto, la combinación de hombre y habitación, como el ejemplo preciso de esa clase de perfección estilizada que solo grandes cantidades de dinero, filtradas a través de generaciones de gente de alcurnia y segura de sí misma, pueden producir.

Ahora háganse una imagen mental de ese hombre colocado a gatas en el suelo, en una de las esquinas de la habitación, mirando fijamente, con los ojos desorbitados, a la pared; y en esa pared, imaginen esto:



—Asombroso —dijo Sir Harry Mandifer.

—¿No es así, señor? —gimió Faulks—. Ay, dígame si no es así.

—Me alegro mucho de que haya podido venir, Sir Harry —dijo Archer, agachado todavía en aquel rincón.

Fue difícil comprender lo que decía porque estaba hablando con los dientes apretados.

—Perdone que no me levante, pero si aparto los ojos de esa cosa o parpadeo siquiera, entonces... ¡Maldición!

Al instante, desapareció de la pared. Archer dejó escapar un potente suspiro, se cubrió el rostro con las manos y se sentó, dejando caer todo su peso sobre el suelo.

—No me digas adónde ha ido, Faulks —dijo—. No quiero saberlo; no quiero oír una palabra al respecto.

Faulks no dijo nada, se limitó a colocar una mano temblorosa sobre el hombro de Sir Harry y a señalar hacia el techo. Allí, prácticamente hacia la mitad de su superficie, estaba:



Sir Harry inclinó la cabeza hacia el oído de Faulks y susurró: —Sigue mirándola durante tanto tiempo como puedas, viejo amigo. Procura que no se escape.

Después, con su tono de voz habitual, que era una especie de bramido risueño, se dirigió a Archer:

—Me parece que tiene un problema peliagudo entre manos, ¿no es así?

Archer lo miró con gravedad a través de sus dedos. Después, cuidadosamente, bajó los brazos y se puso en pie. Se sacudió la ropa, se recolocó ligeramente la chaqueta y la corbata, y dijo:

—Lo siento, Sir Harry. Me temo que esa cosa me ha derrotado.

—¡De eso nada! —exclamó Sir Harry Mandifer, al tiempo que le daba a Archer unas palmaditas en la espalda—. Además, algo así



alteraría a cualquiera. A mí también me ha puesto un poco nervioso, ¡y estoy acostumbrado a esta clase de majaderías!

Sir Harry había desarrollado su estimulante técnica para levantar el ánimo durante múltiples incursiones en casas encantadas o páramos infestados de fantasmas, y esta vez tampoco le falló. Archer recuperó la compostura casi de inmediato. Satisfecho por esta mejoría, Sir Harry alzó la mirada hacia el techo.

—¿Y dice que empezó siendo una especie de mancha? —preguntó, mientras oteaba aquella cosa oscura que se extendía sobre sus cabezas.

—Del tamaño aproximado de un penique —respondió Archer.

—¿Cómo ha sido el proceso, entre como estaba entonces y ahora?

—Van emergiendo trocitos pequeños de ella. Se van haciendo más grandes, y, al mismo tiempo, siguen saliendo más fragmentos de ella, y, si con eso no bastara, esa cosa abominable sigue hinchándose, como si fuera un condenado globo.

—Qué desagradable —dijo Sir Harry.

—Diría que ha llegado a alcanzar casi un metro de longitud —dijo Archer.

—Cuanto menos.

—¿Qué saca en claro de todo esto, Sir Harry?

—A mí me parece que es una especie de planta.

Archer y el mayordomo se quedaron mirándolo boquiabiertos.

La



desapareció de inmediato.

—Lo lamento, señor —dijo el mayordomo, compungido.

—¿Qué quiere decir con eso de la planta? —preguntó Archer—. No puede ser una planta, Sir Harry. Para empezar, es totalmente plana.

—¿La ha tocado?

Archer resopló.

—No se me habría ocurrido hacerlo —dijo.

Discretamente, el mayordomo carraspeó.

—Está en el suelo, caballeros —anunció.



Los tres se quedaron contemplando aquella cosa con gesto meditabundo. En su extremo más largo, alcanzaba ya una longitud superior a un metro.

—Como podrá ver —dijo Harry—, la textura de la alfombra no se percibe a través de la negrura, de modo que no se trata de una mancha de tinta ni de ninguna otra clase. Tiene su propia superficie independiente.

Se acuclilló, con una gracilidad sorprendente para un hombre de su envergadura, y, tras sacarse un lápiz del bolsillo, lo utilizó para darle unos golpecitos a aquella cosa. El lápiz se introdujo en la oscuridad a una profundidad aproximada de medio centímetro, y entonces se detuvo. Volvió a introducirlo en otro punto, esta vez a conciencia, alcanzando una profundidad de más de dos centímetros.

—¿Lo ve? —dijo Sir Harry, que volvió a ponerse en pie—. Tiene una forma compleja. A simple vista solo podemos percibirla como una estructura bidimensional, pero la sensación al tacto es de que cuenta con una tercera dimensión. La conclusión evidente de



todo este asunto de longitud, amplitud y anchura es que esta planta suya ha llegado a la deriva desde otra dimensión, ¿lo ve? Me inclino a pensar que la mancha original era su semilla. ¿Me estoy explicando bien? ¿Me comprende?

Archer no lo comprendía, en absoluto, pero realizó una imitación razonablemente buena de alguien que sí lo hubiera entendido.

—Pero ¿por qué esa maldita cosa ha tenido que aparecer aquí? —preguntó.

Sir Harry también pareció tener respuesta para eso, pero Faulks la interrumpió, cualquiera que hubiera sido, así que nunca la sabremos.

—Ay, señor —se lamentó—. ¡Ha desaparecido otra vez!

Efectivamente, ya no estaba. La alfombra se desplegaba immaculada bajo los pies de los tres hombres. Echaron un vistazo en derredor, ahora con cierta ansiedad, pero no pudieron encontrar rastro del invasor.

—Quizá haya vuelto al comedor —dijo Sir Harry, pero la consecuente búsqueda demostró que no era así.

—No hay razones para suponer que deba confinarse a esas dos habitaciones —dijo Sir Harry, mientras se mordisqueaba el labio con gesto pensativo—. Ni siquiera a la casa en sí.

Faulks, que estaba situado más cerca de la puerta del pasillo que los demás, se tambaleó, ligeramente, y profirió un gemido ahogado. Los otros se dieron la vuelta y miraron hacia el punto que estaba señalando el anciano. Allí, extendiéndose a través del papel rayado del vestíbulo que estaba al otro lado de la puerta, se encontraba:



—Esto está pasando de castaño oscuro, Sir Harry —dijo Archer, con la voz entrecortada—. ¡Hay que hacer algo o esta condenada cosa se acabará adueñando de toda la maldita casa!

—No la pierdas de vista, Faulks —dijo Sir Harry—, pase lo que pase. —Se dio la vuelta hacia Archer—. Tiene materia, tal y como he demostrado. Podemos atacarla. ¿Tiene algún instrumento cortante por la casa? ¿Un machete? ¿Algo parecido?

Archer se quedó pensativo, después se le iluminó el rostro, de una forma un tanto inquietante.

—Tengo un puñal *kris* —dijo.

—Tráigalo —dijo Sir Harry.

Archer salió dando zancadas de la habitación, tensando y des-tensando las manos. No ocurrió nada durante un buen rato, hasta que se oyó su voz desde otra habitación:

—¡No consigo sacar el condenado puñal de su montura!

—Iré a ayudarle —respondió Sir Harry. Se dio la vuelta hacia Faulks, que estaba señalando hacia la cosa de la pared como un fiel perdiguero—. No desfallezcas, viejo amigo —dijo—. ¡Mantén firme la mirada!

El *kris*, un antiguo *souvenir* de guerra traído a la casa por el abuelo de Archer, estaba fijo a su panel expositor por una serie de alambres entrelazados siguiendo un patrón complejo, y a Sir Harry y a Archer les llevó dos minutos largos conseguir sacarlo. Volvieron corriendo al vestíbulo y allí se detuvieron en seco, completamente atónitos. La mancha no estaba por ninguna parte, pero eso no era lo peor: el mayordomo, Faulks, ¡había desaparecido! Archer y Sir Harry intercambiaron sendas miradas de alarma y después llamaron a voces al sirviente, una y otra vez, sin obtener la más mínima respuesta.

—¿Qué es esto, Sir Harry? —preguntó Archer—. En nombre del Señor, ¿qué ha ocurrido aquí?

Sir Harry Mandifer no respondió. Sujetó el *kris* en alto, con fuerza, al tiempo que miraba rápidamente a un lado y a otro, y Ar-



cher, horrorizado, se dio cuenta de que su amigo estaba temblando. Entonces, con un ostensible esfuerzo de voluntad, Sir Harry se recompuso y asumió, una vez más, su habitual aura de firmeza.

—Debemos encontrarla, Archer —dijo, inclinando la cabeza hacia el frente—. Debemos encontrarla y matarla. ¡Quizá no tengamos otra oportunidad si vuelve a desaparecer!

Con Sir Harry al frente de la comitiva, los dos hombres registraron el piso de abajo, yendo de habitación en habitación, pero no encontraron nada. La búsqueda del segundo piso también resultó inútil.

—Recemos para que la criatura no haya salido de la casa —dijo Sir Harry, mientras ascendía hacia el piso superior.

Archer, a quien el miedo le había arrebatado el aliento, subió con paso inseguro por detrás de él.

—Puede que haya regresado al lugar del que vino —dijo.

—No —respondió el otro con gesto sombrío—. No después de lo de Faulks. Creo que esa cosa le ha cogido gusto a nuestro pequeño mundo.

—Pero ¿qué es? —preguntó Archer.

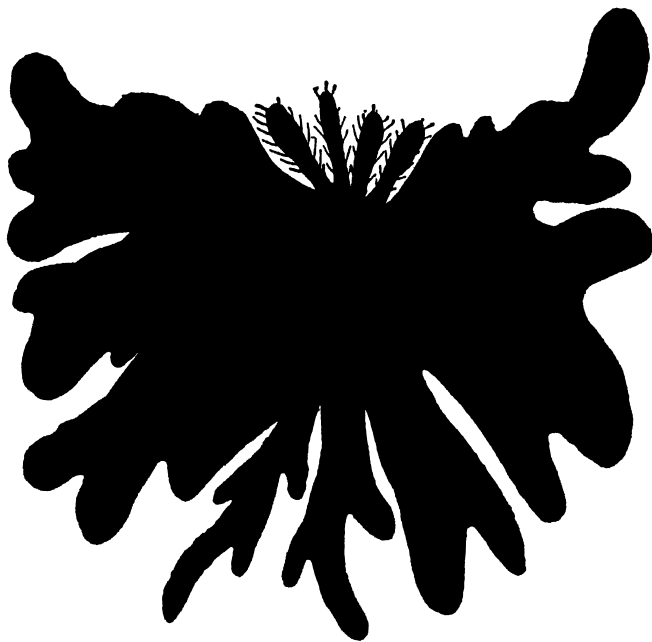
—Lo que le he dicho: una planta —respondió aquel hombre corpulento, al tiempo que abría una puerta y se asomaba a la habitación que se extendía al otro lado—. Un tipo especial de planta. Las tenemos aquí, en nuestra dimensión.

En ese punto, Archer lo comprendió. Sir Harry abrió otra puerta, y después otra, sin éxito. Solo quedaba el ático. Ascendieron por los angostos escalones, con Sir Harry al frente, sosteniendo el *kris* en alto. Archer apenas tenía fuerzas para seguir avanzando agarrado del pasamanos. Su respiración se había convertido en una serie de levísimos gemidos.

—Es carnívora, ¿no es así? —susurró—. ¿No es así, Sir Harry?

Sir Harry Mandifer apartó la mano del picaporte y se dio la vuelta para mirar a su acompañante.

—Así es, Archer —dijo, mientras la puerta se iba abriendo, sin que nadie se diera cuenta, por detrás de ellos—. Esa cosa es carnívora.





UN GRIFO, UN HOMBRE LOBO, UN PÁJARO SOLAR...

Son algunas de las criaturas fantásticas que encontrarás entre estas páginas. Desde el cacatucán, cuyas carcajadas cambian la faz de un reino entero, hasta la bestia informe y errante que acecha en un bosque. Toda una colección de especies fabulosas e insólitas que no han existido nunca en ningún lugar, salvo en los ricos parajes de la imaginación.

Los dieciséis relatos de esta casa de fieras han sido seleccionados por el maestro de la narración Neil Gaiman. Autores como **Saki**, **E. Nesbit**, **Diana Wynne Jones**, **Larry Niven**, **Samuel R. Delany** o el propio **Neil Gaiman**, entre otros, son los creadores de estos seres extraños y maravillosos. Te emocionarán, te deleitarán y muy posiblemente te pondrán los pelos de punta.

www.anayainfantilyjuvenil.com

1578508

ISBN 978-84-698-3428-2



ANAYA